

año pasado, por el mes de mayo, me puse un día en oración en la celda en que se cree tuvo lugar la aparición seráfica, y pedía yo devotísimamente al Señor que se dignase revelar a alguna persona el día, hora y lugar en que fueron impresas las sagradas Llagas en el cuerpo de San Francisco. Y continuando yo en esta súplica más de lo que dura el primer sueño, se me apareció San Francisco con grandísimo resplandor, diciéndome.

—Hijo, ¿qué es lo que pides a Dios?

—Padre —le dije—, pido tal cosa.

Y él añadió:

—Yo soy tu Padre Francisco, ¿me conoces bien?

—Sí, Padre —le respondí.

Entonces me mostró las Llagas de las manos, pies y costado, y dijo:

—Ha llegado el tiempo en que Dios quiere que se manifieste, para gloria suya, lo que los frailes no se cuidaron de saber en lo pasado. Sabe, pues, que el que se me apareció no fue ángel, sino el mismo Jesucristo en forma de serafín, y con sus manos imprimió en mi cuerpo estas cinco Llagas como él las había recibido en el suyo sobre la cruz, y sucedió de esta manera:

La víspera de la Exaltación de la Cruz vino a decirme un ángel, de parte de Dios, que me preparase para recibir pacientemente lo que Dios me quisiese mandar. Respondí que estaba dispuesto para todo lo que fuese del agrado de Dios. La mañana siguiente, o sea la de la Santa Cruz, que aquel año era viernes, salí de la celda con grandísimo fervor de espíritu al amanecer, y fui a ponerme en oración en este lugar que ocupas, en que solía orar muchas veces. Mientras ora-

ba, bajó por el aire desde el cielo, con grande ímpetu, un joven crucificado en forma de serafín, con seis alas; a su maravilloso aspecto me arrodillé humildemente y comencé a contemplar devotamente el excesivo amor de Jesús crucificado y el desmesurado dolor de su pasión; su vista engendró en mí tanta compasión, que me parecía sentir propiamente aquellos dolores en mi cuerpo, y con su presencia todo este monte resplandecía como un sol; así bajando, se me acercó y, estando delante de mí, me dijo ciertas palabras secretas que aun no he revelado a nadie; pero se acerca el tiempo en que se revelarán. Después de algún espacio, Cristo partió y se volvió al cielo, y yo me encontré señalado con estas Llagas. Ve —añadió el Santo— y refiere estas cosas a tu Ministro con toda seguridad, porque esto es obra de Dios y no de hombres.

Dichas estas palabras, San Francisco me bendijo y se volvió al cielo con gran multitud de jóvenes muy resplandecientes.

Todas estas cosas dijo el referido fray Mateo que las había visto y oído, no durmiendo, sino estando despierto. Y así se lo juró personalmente al dicho Ministro en su celda de Florencia, cuando lo requirió de ello por santa obediencia (1).

(1) La precedente relación está compendiada y aun truncada en su parte más interesante, o sea después de las palabras "resplandecía como un sol". Puede verse íntegra en *Analecta Franciscana*, tomo 3.^o, página 641; y en los Bolandos, tomo 2.^o de octubre, pág. 860. No faltó quien dudase de esta revelación; porque, según ella, la impresión de las Llagas fue muy dolorosa, lo cual no aparece así en las leyendas de fray Tomás de Celano y San Buenaventura. Pero véase lo que escribe fray Tomás de Eccleston: "Fray León, compañero de San Francisco, dijo a fray Pedro, Ministro de Inglaterra, que la aparición del serafín fue de un modo bastante más patente que el descrito en su vida... dijo (San Francisco) a

De un fraile que oró durante ocho años para saber las palabras secretas que le fueron dichas a San Francisco cuando recibió las Llagas

Leyendo una vez la vida de San Francisco un devoto y santo fraile, al llegar al capítulo de las Llagas comenzó a pensar con grande ansiedad qué palabras podrían ser aquellas tan secretas que le habló el serafín, cuando se le apareció, y que San Francisco dijo que no revelaría a nadie mientras viviese. Y discurría así este fraile: "San Francisco no quiso decir en vida aquellas palabras; pero, ahora, después de muerto, acaso las diría, si se lo pidiese devotamente."

Desde entonces comenzó el devoto fraile a rogar a Dios y a San Francisco que se dignasen revelarle aquellas palabras. Ocho años perseveró haciendo esta súplica y, al octavo, mereció ser oído de esta manera. Un día, después de la comida y de la acción de gracias en la iglesia, se quedó allí en oración, y cuando estaba haciendo a Dios y a San Francisco el acostumbrado ruego con muchas lágrimas y devoción extraordinaria, lo llamó otro fraile para que le acompañase al pueblo, por mandato del Guardián, para asuntos del convento. No ignorando él que la obediencia es más meritoria que la oración, luego que oyó el mandato del Pre-

fray Rufino, su compañero, que, cuando vio de lejos al ángel, quedó sumamente asustado, y que el ángel *lo trató duramente, eum dure tractavit*". (*Analecta Francisc.*, tomo 1.º, pág. 245). Estas palabras de fray León, transmitidas por un cronista contemporáneo tan exacto y preciso, deben desvanecer la sospecha de que fray Mateo padeciese ilusión en la revelación dicha.

lado, se levantó y se fue humildemente con el fraile que lo llamaba. Y plugo a Dios que con este acto de pronta obediencia mereciese lo que no había conseguido con larga oración.

Apenas habían salido de la puerta del convento, encontraron dos frailes forasteros que, al parecer, venían de remotos países; uno era joven y el otro anciano y flaco, y a causa del mal tiempo venían muy mojados y manchados de lodo. Compadecióse muchísimo de ellos este fraile obediente y dijo al compañero con quien salía:

—Hermano mío carísimo, si se puede retardar un poco el asunto a que vamos, ya que estos frailes tienen grande necesidad de ser recibidos caritativamente, te ruego me permitas ir primero a lavar los pies a este anciano, que tiene más necesidad, y tú podrás lavarlos al más joven, y después saldremos a los asuntos del convento.

Condescendiendo aquel fraile con el deseo del compañero, volvieron a dentro, recibieron con mucha caridad a los forasteros y los condujeron a la cocina para que se calentasen y enjugasen a la lumbre, donde estaban también calentándose otros ocho frailes. Poco después los llevaron aparte para lavarles los pies, como habían convenido, y lavando el fraile devoto y obediente los pies del anciano, al quitarle el mucho lodo que los cubría, vio en ellos las Llagas, y, de repente, abrazándose a ellos estrechamente, con alegría y asombro, exclamó:

—O eres Cristo, o San Francisco.

A estas palabras se levantaron los otros frailes que estaban a la lumbre, y acudieron a ver con mucho

temor y reverencia aquellas gloriosas Llagas. El anciano fraile, accediendo a sus ruegos, las dejó ver claramente y tocarlas y besarlas. Y estando ellos admirados y gozosos, les dijo:

—No dudéis ni temáis, hermanos carísimos e hijos míos, yo soy vuestro Padre fray Francisco que, por voluntad de Dios, fundé tres Ordenes. Ocho años hace que este hermano que me lava los pies me está rogando que le revele las palabras secretas que me dijo el serafín, cuando me imprimió las Llagas, y que yo no quise manifestar nunca en mi vida; y hoy con más fervor que nunca, que le revele las palabras de la contemplación; vengo, por mandato de Dios, a revelárselas delante de vosotros.

Volviéndose entonces San Francisco hacia aquel fraile, dijo:

—Has de saber, hermano carísimo, que estando yo sobre el monte Alvernia todo absorto en la memoria de la pasión de Cristo, durante la aparición seráfica fuí por él así llagado en mi cuerpo, y entonces me dijo: ¿sabes tú lo que te hice? Te he dado las señales de mi pasión para que seas mi portaestandarte. Y como yo el día de mi muerte bajé al limbo y en virtud de mis Llagas libré todas las almas que allí estaban y las conduje al paraíso, así te concedo desde ahora, para que me seas semejante en la muerte como lo eres en la vida, que todos los años, por el día de tu muerte, vayas al purgatorio y, en virtud de las Llagas que te he dado, saques de allí las almas de tus tres Ordenes de Menores, Monjas y Terciarios y aun las de tus devotos, y las conduzcas al paraíso. Y estas palabras nunca las dije mientras viví en este mundo.

Dicho esto, San Francisco desapareció repentinamente con su compañero. Después, muchos otros frailes lo oyeron a aquellos ocho que estuvieron presentes a la aparición y palabras de San Francisco.

En alabanza de Cristo.

*Confirmación por el testimonio
de fray Juan*

Estando una vez en oración en el monte Alvernia fray Juan del mismo nombre, varón de gran santidad, se le apareció San Francisco y se detuvo y habló con él largo espacio, y cuando quiso partir, le dijo:

—Pídeme lo que quieras.

—Padre —le preguntó fray Juan— te ruego que me digas una cosa que deseo saber hace mucho tiempo: ¿qué hacías y dónde estabas cuando te apareció el serafín?

—Oraba —contestó— donde está ahora la capilla del conde Simón de Battifolle (1), y pedía dos gracias a mi Señor Jesucristo. La primera, que me concediese en vida sentir en el cuerpo y en el alma, en cuanto fuese posible, todo aquel dolor que él había sentido durante su acerbísima pasión. La segunda, sentir yo en mi corazón aquel excesivo amor que encendió el suyo en deseos de padecer tanto por nosotros pecadores. Y entonces me infundió Dios la persuasión de que me concedería lo uno y lo otro, en cuanto fuese posible a pura criatura; y me lo cumplió bien con la

(1) La "capilla de las Llagas", erigida por este conde el año 1264, en el mismo lugar de la estigmatización.

impresión de las Llagas.

Preguntóle si las palabras secretas que le había dicho eran las que refería aquel devoto fraile arriba mencionado, que decía habérselas oído a San Francisco en presencia de ocho frailes. Y el Santo respondió que así era en verdad, como aquel fraile decía.

Tomando aún fray Juan más confianza, en vista de la que el Santo le daba, dijo:

—Padre, te ruego con el mayor encarecimiento que me dejes ver y besar tus gloriosas Llagas, no porque tenga la menor duda, sino sólo para mi consuelo; porque siempre lo he estado deseando.

San Francisco se las mostró y presentó liberalmente; y fray Juan las vio con toda claridad y se las tocó y besó. Por último le dijo:

—Padre, ¡cuánto consuelo tendría tu alma viendo venir hacia ti a Cristo bendito y darte las señales de su santísima pasión! ¡Pluguiera a Dios que yo sintiese un poco de aquella suavidad!

—¿Ves estos clavos? —le dijo San Francisco.

—Sí, Padre —respondió.

—Pues toca otra vez —añadió el Santo— este clavo de mi mano.

Fray Juan lo tocó con gran reverencia y temor y, repentinamente, salió de él un olor grandísimo con un hilito de humo, cual de incienso, y le llenó alma y cuerpo de tanta suavidad que se quedó al instante arrobado en Dios e insensible; y le duró el éxtasis desde aquella hora, que era la de tercia, hasta la de vísperas.

Esta visión y conversación familiar con San Francisco nunca la dijo fray Juan sino a su confesor; pero en la hora de la muerte la reveló a otros frailes.

En alabanza de Cristo.

*Otra confirmación de un devoto y
santo fraile*

En la provincia romana un fraile muy devoto y santo vio esta admirable visión.

Había muerto de noche un carísimo compañero suyo y, a la mañana, lo habían sepultado en la entrada de la sala del Capítulo. Aquel mismo día se recogió él en un rincón para pedir devotamente a Dios y a San Francisco por el alma de su compañero difunto y, perseverando en oración con ruegos y lágrimas, después de mediodía, cuando todos los frailes se habían retirado a dormir, sintió un grande ruido en el claustro. Miró con mucho miedo hacia la sepultura y vio a la entrada del Capítulo a San Francisco, detrás de él multitud de frailes que estaban alrededor de la sepultura, más allá, en el centro del claustro, vio fuego y llama grandísima y en medio de ella el alma de su compañero difunto. Mirando a los lados, vio a Jesucristo que pasaba alrededor del claustro con muchos ángeles y santos. Y observando con grande asombro estas cosas, vio que, cuando Cristo pasaba por delante del Capítulo, San Francisco se arrodillaba con todos aquellos frailes y decía:

—Te ruego, santísimo Padre y Señor, por la inestimable caridad que mostraste al género humano en tu encarnación, que tengas misericordia de aquel fraile mío, que arde en el fuego.

Y Cristo no respondió nada y pasó adelante.

Al volver Cristo la segunda vez por delante de la

sala capitular, San Francisco se arrodilló como antes con sus frailes, diciéndole:

—Te ruego, piadoso Padre y Señor, por la excesiva caridad que mostraste al humano linaje muriendo en la cruz, que tengas misericordia de aquel hermano mío.

Y Cristo siguió del mismo modo y no le oyó. Y dando la tercera vuelta alrededor del claustro, cuando pasó por delante del Capítulo, se le puso de rodillas San Francisco como las otras veces, y le mostró sus manos, pies y pecho, diciendo:

—Te ruego, piadoso Padre y Señor, por el gran dolor y consuelo que tuve cuando imprimiste en mi carne estas santas Llagas, que tengas misericordia del alma de mi hermano, que está en el fuego del purgatorio.

¡Cosa admirable! Al rogarle esta tercera vez San Francisco por sus santísimas y gloriosas Llagas, inmediatamente detiene el paso, y las mira y, accediendo al ruego, dice:

—A ti, Francisco, te concedo el alma de tu hermano.

Sin duda con esto quiso a la vez honrar y confirmar las gloriosas Llagas de San Francisco, significando y mostrando claramente que las almas de sus frailes con ningún otro medio son tan fácilmente libradas del purgatorio y conducidas al cielo como por virtud de las Llagas, conforme a lo que el mismo Cristo dijo a San Francisco al imprimérselas. Por eso, no bien había dicho aquellas palabras, desapareció el fuego del claustro, y el fraile difunto se acercó a San Francisco y con él y en compañía de Cristo y de todo el séquito

de bienaventurados, partió, glorioso, al cielo.

Y viéndole libre de las penas y conducido al cielo aquel fraile compañero suyo que pedía por él, sintió grandísima alegría, y después refirió por orden a los otros frailes toda la visión y con ellos alabó y dio gracias a Dios.

En alabanza de Cristo.

Cómo el demonio, por orden de Dios, dio testimonio de la santidad de San Francisco y de sus santas Llagas, y se vio precisado a darlo también de la santidad de Santa Clara

Un noble caballero de la Massa de San Pedro, llamado Lando Polco (1), que era devoto de San Francisco y había recibido de sus manos el hábito de la Tercera Orden, supo de esta manera la muerte del Santo y el hecho de sus gloriosas Llagas.

Por el tiempo que San Francisco estaba próximo a la muerte, entró el demonio en una mujer de dicho pueblo y la atormentaba cruelmente, y tan docta y sutilmente la hacía hablar, que cuantos sabios y letrados acudían a disputar con ella quedaban vencidos. Sucedió que el demonio la dejó libre por dos días, y volviendo al tercero, la afligía con mucha más crueldad que antes. Habiendo oído esto el caballero Lando Polco, se fue en busca de esta mujer y preguntó al demonio por qué la había dejado aquellos dos días y la atormentaba peor que antes.

—La dejé —contestó el demonio— para unirme a

(1) Otros códigos y ediciones. *Landolfo*.

todos mis compañeros de estas tierras y caer juntos sobre el mendigo Francisco para tentarle y arrebatarse su alma; pero estaba rodeada y defendida por mayor número de ángeles, que la llevaron derecha al cielo, y nosotros nos retiramos confundidos; por eso ahora le hago pagar a esta miserable el descanso que le dejé aquellos dos días.

En vista de esto, el caballero Lando Polco lo conjuró de parte de Dios que dijese la verdad acerca de la santidad de San Francisco, que decía haber muerto, y de Santa Clara, que estaba viva.

—Quiera o no —contestó el demonio— te diré la verdad. Estaba tan airado el Padre Eterno por los pecados del mundo, que parecía dispuesto a dar en breve la sentencia definitiva de exterminio contra hombres y mujeres, si no se enmendaban. Pero Cristo, su Hijo, intercediendo por los pecadores, prometió renovar su vida y pasión en un hombre, en el pobre y mendigo Francisco, cuyo ejemplo y doctrina reduciría a muchos en todas partes al camino de la verdad y de la penitencia. Y para mostrar al mundo lo que hizo el Santo Francisco, quiso que las Llagas de la pasión, que le había impreso en vida, fuesen ahora vistas y tocadas en su muerte. De igual modo la Madre de Cristo prometió renovar su humildad y pureza virginal en una mujer, en Sor Clara, de suerte que con su ejemplo arrebatase de nuestro poder muchos millares de mujeres. Y aplacado Dios Padre con estas promesas, difirió la sentencia definitiva.

Queriendo el caballero Lando Polco asegurarse de si el demonio, que es padre de la mentira, decía la verdad en esto y en especial respecto a la muerte de

San Francisco, envió a Asís un sirviente fiel para que se informase en Santa María de los Angeles si San Francisco era muerto o vivía; y, en llegando, encontró ser cierto lo declarado por el demonio; y, volviéndose, refirió a su señor que San Francisco había muerto en el día y hora que el demonio afirmaba.

En alabanza de Cristo.

*Confirmación de las Llagas por el
testimonio del Papa Gregorio*

Prescindiendo de todos los milagros de las Llagas de San Francisco que se encuentran en su leyenda, es de saber, para terminar esta quinta consideración, que, dudando un poco el Papa Gregorio IX acerca de la Llaga del costado de San Francisco, según él lo refirió después, se le apareció el Santo una noche y, levantando algo el brazo derecho, descubrió la herida del costado y le pidió una redoma. Habiéndola hecho traer el Papa, San Francisco se la mandó poner bajo la herida del costado, y le parecía al Papa que realmente se llenaba por completo de sangre mezclada con agua, que brotaba de dicha herida; y desde entonces le desapareció la duda.

Después, con el consejo de todos los Cardenales, aprobó las Llagas de San Francisco, y dio de ello a los frailes privilegio especial por Bula auténtica, expedida en Viterbo el año undécimo de su Pontificado; y, al año siguiente, les dio otro privilegio más copioso.

También los Papas Nicolás III y Alejandro dieron extensos privilegios, en virtud de los cuales se podría proceder contra el que negase las Llagas de San Fran-

cisco, como se procede contra un hereje.

Y basta ya respecto a la quinta consideración de las Llagas del Padre San Francisco, cuya vida nos dé el Señor la gracia de seguir en este mundo, para que por virtud de sus santas y gloriosas Llagas merezcamos ser salvos juntamente con él en el paraíso.

En alabanza de Cristo bendito. Amén.

TERCERA PARTE

VIDA DE FRAY JUNIPERO (1)

CAPITULO PRIMERO

*Cómo cortó a un cerdo el pie, sólo por
dárselo a un enfermo*

Uno de los primeros y más escogidos discípulos y compañeros de San Francisco fue fray Junípero (1), hombre de profunda humildad y de gran caridad y fervor; de él dijo una vez San Francisco, hablando con

(1) Fray Junípero se unió a Francisco el año 1210, murió en Roma el 1258 y fue sepultado en la iglesia de Aracoeli. Celano nos da su verdadera imagen cuando le llama: *agregius Domini iaculator*, agregio jugador del Señor. Tenga presente el lector esta frase durante la lectura de las joviales e ingeniosas extravagancias de este bienaventurado fraile, cuyos dichos y actos todos revelan, a más de una virtud admirable, una prudencia y un sentido práctico de la vida no diferentes de los que dieron fama a ciertos juglares de corte de quienes se ha dicho que fueron o hubieran sido los mejores consejeros del rey.

sus santos compañeros:

—Aquel será buen fraile Menor que se haya vencido a sí y al mundo como fray Junípero.

En una ocasión, estando en Santa María de los Angeles, fue a visitar, encendido todo en caridad divina, a un fraile enfermo, y le preguntó con mucha compasión:

—¿Podría hacerte yo algún servicio?

—Mucho consuelo me darías —le respondió— si pudieras hacerme con un pie de cerdo.

—Déjalo de mi cuenta —dijo al instante fray Junípero—, que inmediatamente lo encontraré.

Marchó, y tomando un cuchillo, creo que en la cocina, salió con mucho fervor al bosque donde pastaban unos cerdos, y echándose sobre uno le cortó un pie y huyó dejando al cerdo con el pie cortado. De vuelta ya en el convento, lavó, arregló y coció el pie, y después de aderezarlo muy diligentemente, se lo llevó al enfermo con mucha caridad. El enfermo lo comió con avidez, no sin mucho consuelo y alegría de fray Junípero, el cual, para contentarlo más, le refería muy gozoso, todas las circunstancias del asalto que había dado al cerdo.

Mientras tanto, el que guardaba los cerdos, habiendo visto al fraile cortar el pie, se fue con mucha indignación a contar a su amo toda la historia, según había sucedido. Y éste, informado del hecho, vino al convento llamando a los frailes hipócritas, ladronzuelos, engañadores, criminales y gente perdida, porque habían cortado el pie a su cerdo. Al gran rumor que hacía, acudió San Francisco y en pos los otros frailes; el Santo, como ignorante del hecho, los excusaba con

mucha humildad, y para aplacarlo prometía repararle todo el daño que había recibido. Mas ni por eso se calmaba, antes prorrumpía con mucha ira en villanías y amenazas, irritándose más contra los frailes e insistiendo siempre en que con toda malicia le habían cortado el pie a su cerdo; y por fin se marchó escandalizado, sin querer admitir excusa ni promesa alguna.

Lleno de prudencia San Francisco, mientras todos los frailes estaban estupefactos, pensó y dijo para sí: ¿habrá hecho esto fray Junípero por celo indiscreto? Y haciéndolo llamar secretamente, le preguntó:

—¿Cortaste acaso tú el pie a un cerdo en el bosque?

Fray Junípero, no como quien ha cometido una falta, sino como el que cree haber hecho una grande obra de caridad, respondió muy alegre:

—Dulce padre mío, así es; corté un pie al dicho cerdo, y si quieres saber el motivo, Padre mío, escúchame con sosiego. Fuí a visitar al enfermo fray N...

Y le refirió por orden todo lo hecho, añadiendo después:

—En vista del consuelo de nuestro hermano y de lo bien que le sentó, te aseguro que, si como se lo corté a un cerdo se lo hubiera cortado a cien, lo habría dado Dios por bien hecho.

A lo que San Francisco, con celo de justicia y con gran amargura, respondió:

— ¡Oh, fray Junípero! ¿Por qué has hecho tu tan gran escándalo? No sin razón se queja aquel hombre y está tan irritado contra nosotros, y acaso anda ahora difamándonos en la ciudad por tan grande culpa, y tiene mucho motivo. Te mando por santa obediencia que corras en busca de él hasta que lo alcances, y échate

por tierra y confiésale tu culpa, prometiéndole que le darás tan entera y cumplida satisfacción que no tenga motivo para quejarse de nosotros, pues ciertamente ha sido un exceso demasiado grande.

Fray Junípero se admiró mucho de estas palabras y estaba asombrado de que una acción tan caritativa pudiese causar la mínima turbación, porque le parecía que las cosas temporales nada valen sino en cuanto se comunican caritativamente con el prójimo. Respondió, por fin, fray Junípero:

—No te dé cuidado, Padre mío, que inmediatamente le pagaré y le contentaré. ¿Por qué ha de estar así turbado, si al fin el cerdo era más de Dios que de él, y se hizo una obra de caridad tan grande?

Corrió, pues, y alcanzó al hombre, que estaba sobremanera airado, y no le había quedado pizca de paciencia; fray Junípero se puso a contarle cómo había cortado el pie al cerdo y por qué motivo lo había hecho; y se lo decía con tanto fervor, entusiasmo y gozo cual si en ello le hubiese prestado un grande servicio que debiese ser muy bien recompensado. El hombre, arrebatado y vencido de la ira, dijo a fray Junípero muchas villanías, le llamó extravagante, ladronzuelo, estúpido y malandrín perverso.

Nada se le dio a fray Junípero por semejantes palabras, pues en recibir injurias se recreaba; pero estaba maravillado, y pensó que no le había entendido bien, porque a él le parecía asunto de alegría y no de ira, por lo cual le repitió toda la dicha historia, se le echó al cuello, le abrazó y besó; le dijo cómo todo se había hecho sólo por caridad, y lo invitó con muchas súplicas a que hiciese lo mismo con el resto del cerdo; le

hablaba con tanta caridad, simplicidad y humildad que, volviendo en sí aquel hombre, se postró en tierra, arrepintiéndose y derramando muchas lágrimas por las injurias que había dicho y hecho a tan santos frailes; después mató al cerdo, lo coció y vino a traerlo, llorando de devoción, a Santa María de los Angeles y se lo dio a comer a aquellos santos frailes en compensación de las injurias que les había dicho y hecho.

Considerando San Francisco en este santo fray Junípero su simplicidad, grandísima paciencia y admirable sufrimiento en las adversidades, dijo a los compañeros y a los demás circunstantes:

—Hermanos míos, ¡pluguiera a Dios que de tales Juníperos tuviera yo un gran bosque!

En alabanza de Cristo y del pobrecillo Francisco.
Amén.

CAPITULO II

Ejemplo del grande poder de fray Junípero contra el demonio (1)

No podían sufrir los demonios la pureza, inocencia y humildad profunda de fray Junípero, como se ve por el siguiente caso.

En cierta ocasión un endemoniado se echó fuera del camino con mucha agitación y contra su costumbre, y huyó repentina y velozmente, recorriendo en diferentes direcciones siete millas. Siguiéronlo sus parientes con mucho sentimiento, y cuando lo alcanzaron le preguntaron por qué había huido con tanto furor.

—Venía —contestó— por aquel camino el necio de Junípero, y no puedo sufrir su presencia ni esperarlo; por eso huí a este lugar.

Y averiguando la verdad, supieron que fray Juní-

(1) Alteramos los capítulos II y III por exigirlo así el orden lógico y para conformarlo al original latino, cuya traducción literal, en el cap. II, es como sigue: "Y por eso, por su grande humildad y pura inocencia, los soberbios demonios no podían sufrir su presencia, como se ve..."

pero había pasado en aquella hora que decía el demonio.

Por eso San Francisco, cuando le traían endemoniados para que los sanase, y el demonio no salía pronto, le decía:

—Si no dejas luego a esta criatura, llamaré contra ti a fray Junípero.

Y el demonio, temiendo la presencia de éste y no pudiendo sufrir la virtud y humildad de San Francisco, partía inmediatamente.

En Alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO III

Cómo por artificio del demonio fue condenado a la horca fray Junípero

Queriendo una vez el demonio mover escándalo y persecución contra fray Junípero, se fue a un cruelísimo tirano, llamado Nicolás, que a la sazón estaba en guerra con la ciudad de Viterbo, y le dijo:

—Señor, guarda bien tu castillo, porque ha de llegar aquí muy pronto un gran traidor, mandado por los de Viterbo para matarte y prenderle fuego. En prueba de ello, te doy estas señas: viene como un pobrecillo, con los vestidos del todo rotos y remendados, y la capucha rasgada y vuelta hacia la espalda; trae una lesna para matarte y un eslabón para poner fuego al castillo. Si no resulta verdad, dame el castigo que quieras.

Palideció a estas palabras el tirano Nicolás y se llenó de estupor y miedo; porque le pareció persona de importancia el que le avisaba. Dio orden para que las guardias se hiciesen con diligencia, y que si llegaba un hombre con las señas dichas se lo presentasen inmediatamente.

En esto venía fray Junípero sin compañero, pues

por su mucha virtud tenía licencia para andar y estar solo, según le pareciese; unos jovenzuelos que lo encontraron le hicieron muchas burlas y desprecios, pero, bien lejos de turbarse, él mismo los inducía a que le hiciesen mayores afrentas. De esta suerte llegó a la puerta del castillo, y viéndolo los guardias tan disforme, en traje estrecho y todo rasgado, pues me parece que en el camino el hábito lo habría dado en parte a los pobres por amor de Dios; y como ya no tenía apariencia de fraile Menor, y las señas dadas recaían manifiestamente en él, lo llevaron con furor a la presencia del tirano Nicolás.

Registráronle los criados, por ver si traía armas ofensivas y le encontraron en la manga una lesna con que cosía las suelas y un eslabón para encender fuego, porque cuando hacía buen tiempo (1), muchas veces habitaba en bosques y desiertos. Viendo Nicolás las señas que le había dado el demonio, mandó que le agarrotasen la cabeza, y lo hicieron con tanta crueldad que la cuerda se le entraba en la carne. Después le aplicó el tormento de la cuerda, haciéndole estirar y torturar los brazos y descoyuntar todo el cuerpo sin ninguna compasión. Preguntado fray Junípero quién era, respondió:

—Soy un grandísimo pecador.

Preguntado si quería entregar el castillo a los de Viterbo, dijo:

—Soy un pésimo traidor, indigno de todo bien.

Preguntándole si intentaba matar con aquella lesna a Nicolás e incendiar el castillo, contestó:

(1) El latín: *caput debile*; pero el italiano *tempo abile*.

—Muchos mayores y peores males haría, si Dios me lo permitiese.

Arrebatado Nicolás de la ira, no quiso más indagaciones y sin la menor dilación condenó con furor a fray Junípero como traidor y homicida, y lo sentenció a ser atado a la cola de un caballo, arrastrado por tierra hasta el patíbulo y ahorcado inmediatamente.

A todo esto fray Junípero ni se excusaba ni mostraba la menor tristeza, antes como quien por amor de Dios se consuela con las tribulaciones, estaba muy alegre y satisfecho.

En cumplimiento de la orden del tirano, ataron a fray Junípero por los pies a la cola de un caballo y lo llevaron arrastrando; él no se quejaba ni se dolía, e iba con mucha humildad, como cordero manso llevado al matadero. A este espectáculo y repentina ejecución corrió todo el pueblo para ver cómo le ajusticiaban con tal precipitación y crueldad, y nadie lo conocía. Pero quiso Dios que un buen hombre que había visto prender a fray Junípero, y veía que de improviso lo ajusticiaban, corrió al convento de los frailes Menores diciendo:

—Os ruego por Dios que vengáis presto, porque prendieron atropelladamente a un pobrecito y lo condenaron y llevan a la muerte; venid para que pueda, al menos, entregar el alma en vuestras manos, que me parece una buena persona y no tuvo tiempo para confesarse; lo llevan a la horca y no parece que se cuide de la muerte ni de la salvación de su alma; venid pronto.

El Guardián, como hombre piadoso, acudió inmediatamente a procurar la salvación de aquella alma, y

cuando llegó se había aglomerado tanta gente para ver la ejecución, que le fue imposible acercarse y tuvo que detenerse y esperar coyuntura favorable. En esto oyó una voz de entre la gente, que decía:

—No hagáis eso, infelices, no hagáis eso; que me hacéis daño en las piernas.

Al punto sospechó el Guardián si sería aquél fray Junípero y metiéndose con fervor y resolución por entre la gente, apartó el lienzo que le cubría el rostro y vio que, efectivamente, era fray Junípero. Por compasión quiso quitarse el hábito para vestírselo a fray Junípero; pero éste le dijo, con alegre semblante y casi riendo:

—No, Padre Guardián, que estás grueso, y parecería mal tu desnudez; no quiero.

Entonces el Guardián con grande llanto pidió a los ejecutores y a todo el pueblo que por piedad esperasen un poco, mientras él iba a interceder con el tirano Nicolás y pedirle por gracia la vida de fray Junípero. Consintieron los verdugos y varios circunstantes, creyendo que sería pariente suyo; y el piadoso y devoto Guardián se fue al tirano Nicolás y le dijo con amargo llanto;

—Señor, yo no sabré decirte el asombro y amargura en que me veo, porque me parece que se ha cometido hoy en esta tierra el mayor mal y más grande pecado que jamás se ha hecho en los tiempos de nuestros antepasados, y creo que se hizo por ignorancia.

Nicolás escuchó pacientemente al Guardián y le preguntó:

—¿Cuál es el pecado y mal que se ha cometido hoy en esta tierra?

—Que has condenado —dijo el Guardián— a cruel suplicio, y creo de cierto que sin razón, a uno de los más santos frailes que tiene hoy la Orden de San Francisco, de la que eres singularmente devoto.

—Dime, Guardián —preguntó Nicolás—: ¿quién es ese? Acaso por no conocerlo he cometido grande yerro.

—El que has condenado a muerte es fray Junípero, compañero de San Francisco— contestó el Guardián.

Quedó estupefacto el tirano Nicolás, porque había oído la fama de la santa vida de fray Junípero, y atónito y pálido, corrió con el Guardián, y en llegando a fray Junípero lo desató de la cola del caballo, y a la vista de todo el pueblo se postró en tierra delante de él y con mucho llanto reconoció su culpa y le pidió perdón por aquella injuria y villanía que había hecho ter contra tan santo fraile, y añadió:

—Yo creo verdaderamente que ya no puede tardar el fin de mi mala vida, por haber maltratado de esta manera sin razón alguna a este tan santo hombre. Y aunque lo hice por ignorancia, permitirá Dios que aca-be luego con muerte desastrosa.

Fray Junípero perdonó espontáneamente a Nicolás, pero a los pocos días, por divina permisión, acabó este tirano su vida con muerte muy cruel. Partió de allí fray Junípero, dejando a todo el pueblo bien edificado.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO IV

Cómo fray Junípero daba a los pobres cuanto podía, por amor de Dios

Era tanta la piedad y compasión de fray Junípero para con los pobres, que, cuando veía alguno mal vestido o desnudo, inmediatamente se quitaba la túnica o capilla del hábito y se la daba; así es que el Guardián le mandó por santa obediencia que no diese a ninguno toda la túnica ni parte del hábito.

Sucedió de allí a pocos días que encontró un pobre casi desnudo, el cual le pidió limosna por amor de Dios, y él le dijo con mucha compasión:

—No tengo nada que pueda darte si no es la túnica, y me ha mandado el Superior que no la dé a nadie ni parte del hábito; pero si tú me la quitas de encima, yo no te lo impido.

No lo dijo a un sordo; pues en un instante se la quitó de revés el pobre y se marchó con ella, dejando despojado a fray Junípero. Cuando éste volvió al convento le preguntaron por la túnica, y respondió:

—Una buena persona me la quitó de encima y se fue con ella.

Y creciendo en él la virtud de la misericordia, no se contentaba con dar la túnica, sino que cuanto le venía a las manos, libros, ornamentos, mantos, todo lo daba a los pobres. Por eso los frailes no dejaban las cosas en público; porque fray Junípero lo daba todo por amor y alabanza de Dios.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO V

Cómo fray Junípero cortó del altar unas campanillas y las dio (1)

Hallándose una vez fray Junípero en Asís el día de la Natividad del Señor, y habiéndose puesto en oración delante del altar, que estaba muy bien arreglado y adornado, le rogó el sacristán que se quedase guardándolo, mientras él iba a comer un poco. Y quedando allí fray Junípero en devota meditación, vino una pobrecilla y le pidió limosna por Dios.

—Espera un poco —le respondió—, y veré si de este altar, tan adornado, te puedo dar alguna cosa.

Cubría el altar un raro mantel adornado con campanillas (2) de plata de gran valor, y dijo fray Junípero: “estas campanillas están de sobra”; y tomando un cuchillo todas las cortó del mantel y se las dio por caridad a la pobre. El sacristán, no bien comió tres o

(1) El hecho se supone entre los años 1230-1232, puesto que sucede en Asís, en la basílica de San Francisco, ya abierta al culto (1230) y durante el generalato de fray Juan Parente (1227-1232).

(2) Estas campanillas eran anillos de plata.

cuatro bocados, se acordó de las mañas de fray Junípero y comenzó a sospechar fuertemente no le hiciese algún estropicio, por celo de caridad, en el altar tan adornado que le había encargado guardar. Se levantó, pues, apresuradamente y acudió a la iglesia a mirar si faltaba o habían quitado algo de los adornos. Cuando vio que habían cortado y llevado las campanillas del mantel, fue desmesurada su turbación y escándalo. Viéndolo así agitado fray Junípero, le dijo:

—No tengas pena por aquellas campanillas. Se las di a una pobre mujer que tenía grandísima necesidad, y aquí no hacían servicio ninguno, sino que eran una ostentación inútil y mundana.

Muy desconsolado el sacristán echó a correr por la iglesia y la ciudad, por si acaso podía hallar a la mujer; pero ni la encontró a ella ni a nadie que la hubiese visto. Volvió al convento y arrebatadamente recogió el mantel y lo llevó al General, que estaba en Asís, y le dijo:

—Padre General, vengo a pedirte justicia contra fray Junípero, que me echó a perder este mantel, el más precioso que había en la sacristía; mira cómo lo ha estropeado quitándole todas las campanillas de plata, y dice que se las dio a una pobre.

—No fue fray Junípero —respondió el General—, sino más bien tu locura quien hizo esto; porque demasiado debías saber sus manías; te aseguro que me admira cómo no dio todo lo demás; sin embargo, lo corregiré bien por esta falta.

Convocó a Capítulo todos los frailes, y llamando a fray Junípero, lo reprendió muy ásperamente en pre-

sencia de toda la comunidad por causa de las dichas campanillas, y tanto se acaloró y esforzó la voz, que se puso ronco. Fray Junípero se cuidó poco o casi nada de aquellas palabras, porque se recreaba con las injurias cuando se veía bien despreciado, pero reparando en la ronquera del General, comenzó a pensar en el remedio. Así es que, en cuanto recibió la reprensión salió a la ciudad y se hizo preparar una escudilla de harina con manteca. Siendo ya muy entrada la noche cuando volvió, encendió luz, fue con la escudilla a la celda del General y llamó a la puerta. Abrió el General y al verlo con la candela encendida y la escudilla en la mano, le preguntó, en voz baja:

—¿Qué es esto?

—Padre mío —respondió fray Junípero—, cuando me reprendías hoy de mis defectos noté que la voz se te puso ronca, creo que por la mucha fatiga, y pensando en el remedio, hice preparar esta harina; te ruego que la comas, porque te ha de ablandar el pecho y la garganta...

—¿Qué hora es ésta —dijo el General— para que andes inquietando a los demás?

Fray Junípero le contestó:

—Mira que se hizo para ti; te ruego que la comas sin ningún escrúpulo, porque te ha de hacer mucho bien.

Disgustado el General por lo intempestivo de la hora y por la importunidad, le mandó que se fuese de allí, diciéndole que no quería comer a semejante hora; y lo despidió con palabras despectivas. Al ver fray Junípero que no valían ruegos ni halagos, le dijo:

—Padre mío, ya que no quieres comer esta harina que se hizo para ti, hazme siquiera el favor de tener la candela, y la comeré yo.

Entonces el General, como persona bondadosa y devota, considerando la piedad y simplicidad de fray Junípero y el buen afecto con que hacía estas cosas, le dijo:

—Pues ya que tú lo quieres, comamos los dos juntos.

Y ambos comieron aquella escudilla de harina por la importuna caridad de fray Junípero; y mucho más los recreó la devoción que la comida.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO VI

Cómo fray Junípero guardó silencio durante seis meses

Una vez determinó fray Junípero guardar silencio seis meses de este modo. El primer día por amor del Padre celestial. El segundo, por amor de su Hijo Jesucristo. El tercero, por amor del Espíritu Santo. El cuarto, por reverencia a la Virgen María, y prosiguiendo así, cada día por amor de algún santo siervo de Dios, estuvo seis meses sin hablar, por devoción.

En alabanza de Cristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO VII

Ejemplo contra las tentaciones de impureza

Estando una vez reunidos fray Gil, fray Simón de Asís, fray Rufino y fray Junípero hablando de Dios y de la salvación del alma, dijo fray Gil a los demás:

—¿Cómo hacéis vosotros con las tentaciones de impureza?

Fray Simón respondió:

—Yo considero la vileza y torpeza del pecado, y así concibo una grande abominación y me libro.

—Yo me echo tendido por tierra, dijo fray Rufino, y estoy en oración implorando la clemencia de Dios y de la Madre de Jesucristo hasta que me siento del todo libre.

—Cuando yo oigo venir —contestó a su vez fray

Junípero— el ruido de la sugestión diabólica, acudo inmediatamente a cerrar la puerta de mi corazón y pongo dentro, para seguridad de la fortaleza, mucha tropa de santos pensamientos y deseos, y cuando llega la sugestión carnal y llama a la puerta, respondo yo de dentro: “afuera, que la casa está ya tomada y no cabe en ella más gente”; y así nunca debió entrar el pensamiento impuro en mi corazón, y viéndose vencido y derrotado, huye no sólo de mí sino de toda la comarca.

Dijo entonces fray Gil:

—Contigo estoy, fray Junípero; el enemigo carnal no se puede combatir de mejor manera que huyendo; porque tiene dentro al traidor apeñto, y acomete además de fuera por los sentidos corporales con tanta fuerza que sin huir no se puede vencer. El que de otra manera quiera combatir, se fatigará en la batalla y pocas veces conseguirá victoria. Huye del vicio y serás vencedor.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO VIII

Cómo fray Junípero se humillaba a sí mismo en honra de Dios

Queriendo una vez fray Junípero verse bien humillado, se despojó del hábito y después de envolverlo y atarlo se lo puso a la cabeza, y sosteniéndolo siempre con las manos, entró en esta disposición en Viterbo y se fue a la plaza pública a exponerse a la irrisión de la gente. Niños y mozalbetes, tomándole por loco, le hicieron muchas villanías, le echaron encima buena cantidad de lodo, le tiraban piedras, le daban empellones de un lado para otro y le decían muchas burlas; él se estuvo allí sufriendo todo esto gran parte del día y después se volvió en aquella disposición al convento.

Cuando lo vieron los frailes, le tuvieron mucha compasión, en especial porque había venido por toda la ciudad en aquella forma con su fardo a la cabeza; pero luego lo reprendieron muy ásperamente y le hicieron grandes amenazas.

Uno decía:

—Metámoslo en la cárcel.

—Ahorcarlo —exclamaba otro.

—No hay castigo —decían algunos— que pueda bastar para tan mal ejemplo como hoy ha dado de sí y de toda la Orden.

Y fray Junípero, muy alegre, respondía con mucha humildad:

—Muy bien dicho; todo eso y mucho más merezco yo.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO IX

Cómo fray Junípero se puso a jugar al columpio para ser despreciado (1)

Yendo fray Junípero una vez a Roma, donde ya se había divulgado la fama de su santidad, le salieron muchos al encuentro con gran devoción; y viendo él venir tanta gente, se le ocurrió convertir su devoción en burla y escarnio propio.

Estaban allí dos niños jugando al columpio. Habían atravesado un madero sobre otro, y montados en los extremos, el uno subía mientras el otro bajaba. Fray Junípero quitó del palo a uno de estos niños, y poniéndose él empezó a columpiarse. En esto llegó la gente y se admiraban de encontrar a fray Junípero columpiándose. Sin embargo lo saludaron con gran devoción y esperaban a que dejase el juego del columpio para acompañarlo honrosamente al convento.

Fray Junípero no hizo caso del saludo ni de la devoción que le mostraban, ni quiso darse cuenta le estuviesen esperando; y seguía columpiándose con

(1) Este capítulo falta en la edición de Passerini.

mucho afán.

Después de esperarle largo espacio, algunos se cansaron y comenzaron a decir:

— ¡Qué estúpido es este hombre!

Otros, que conocían la condición de fray Junípero, se movían más a devoción; pero al fin se marcharon dejándolo en su columpio.

Después que se fueron todos, fray Junípero quedó muy consolado; porque algunos habían hecho burla de él. Siguió entonces su camino, entró en Roma con mucha mansedumbre y humildad y se fue al convento de los frailes Menores.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO X

Cómo fray Junípero hizo de comer una vez a los frailes

Estando fray Junípero en un convento pequeño, sucedió una vez que todos los frailes salieron afuera por cierto motivo razonable, y quedó él solo en casa. Díjole el Guardián:

—Fray Junípero, nosotros salimos todos; cuando volvamos, procura tener hecho algo de comer para los frailes.

—De muy buena gana —respondió él—; déjalo de mi cuenta.

Después que todos marcharon, se dijo fray Junípero: “¿A qué esta solicitud superflua de estarse un fraile perdido en la cocina y apartado siempre de la oración? Por cierto que ahora que estoy de cocinero he de hacer de una vez tanta comida que les llegue para quince días a todos los frailes, y aunque fuesen más. Salió muy afanoso al pueblo, pidió varias ollas grandes para cocer, buscó carne fresca, ensalada, pollos, huevos y verdura, recogió bastante leña; y todo lo puso al fuego: los pollos sin desplumar, los huevos con cáscara y por este estilo todo lo demás.

Luego que volvieron al convento los frailes, uno que tenía bien conocida la simpleza de fray Junípero se fue a la cocina, y viendo tantas y tan grandes ollas en aquella grandísima hoguera, se sentó sin decir nada y observaba con admiración la solicitud con que fray Junípero hacía de comer. Como el fuego era mucho y no podía acercarse bien para revolver las ollas, buscó una tabla y con el cordón (1) la ató bien apretada al cuerpo, y luego saltaba de una olla a otra, que era una delicia verlo. Habiendo observado dicho fraile con mucho placer todas las particularidades, salió de la cocina, y encontrando a los otros, les dice:

—Os aseguro que fray Junípero hace bodas.

Ellos creyeron que lo decía de burla.

Por fin fray Junípero retiró del fuego sus ollas, e hizo tocar a comer. Estando ya los frailes por orden a la mesa, entra él en el refectorio su comida, todo encendido por la fatiga y el calor del fuego, y les dice:

—Comed bien, y después vamos todos a la oración, y nadie piense ya en hacer comida por esta temporada, porque tengo hecha tanta que ha de llegar bien para más de quince días.

Y diciendo esto, pone en la mesa ante los frailes aquellos potajes, que no habría en el pueblo (2) cerdo tan hambriento que los comiese. Alababa fray Junípero sus viandas para darles despacho, y viendo que los otros no las comían, decía:

(1) No con el cordón con que los frailes ciñen su cuerpo, sino, según el latín, con cuerdas atadas a los dos extremos de la tabla.

(2) Otras ediciones como la de Cesari, la de Padovani y la de Amoni: *en todo el país de Roma*.

—Estas gallinas son buenas para el cerebro (1), este cocido ha de refrescar el cuerpo, está muy rico.

Estaban los frailes observando con admiración y devoción la solicitud afectuosa y la simpleza de fray Junípero, cuando el Guardián, indignado por tanta fatuidad y tanto bien perdido, comenzó a reprenderlo muy ásperamente. Fray Junípero se postró inmediatamente en tierra, y arrodillado ante el Padre Guardián confesó su culpa a él y a todos los frailes, diciendo:

—Soy un hombre pésimo; a tal hombre, porque cometió tal delito, le arrancaron los ojos, pero yo lo merecía mucho más que él; a tal otro lo ahorcaron por sus faltas, pero mucho más lo merezco yo por mis malas obras, ¡y ahora desperdicié tanto bien de Dios y de la Orden!

Y se retiró repren diéndose amargamente, y en todo aquel día no apareció delante de ningún fraile. Y dijo entonces el Guardián a los otros:

—Hermanos míos carísimos, de buena gana quisiera yo que este hermano desperdiciase cada día otro tanto como ahora, si lo tuviésemos, sólo por la edificación que nos da; porque todo fue obra de grande simplicidad y caridad.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

(1) *Cerebro*. Fray Junípero habla según las teorías médicas de su tiempo. El texto latino añade que fray Junípero da buen ejemplo adelantando una gallina sin desmenuzarla ni quitarle las plumas, y se hace a sí mismo la exhortación médica.

CAPITULO XI

De qué manera fue una vez a Asís fray Junípero para confusión suya

Morando fray Junípero en el valle de Espoleto, en cierta ocasión que había en Asís una gran fiesta a que acudía mucha gente con gran devoción, le vino a él también la gana de ir, y el mismo día de la fiesta, despojándose del hábito, atravesó de esta manera por todo el valle de Espoleto y otros dos pueblos, y pasó por medio de la ciudad hasta llegar al convento.

Turbados y escandalizados los frailes al verlo en aquella disposición, lo reprendieron muy duramente, llamándole fatuo, necio y perturbador de la Orden de San Francisco, y diciéndole que se le debía encadenar como a loco. Estaba el General en el convento, y haciendo llamar a todos y a fray Junípero, le dio una áspera reprensión en plena comunidad. Y después de muchas palabras, queriendo imponerle castigo, le decía:

—Es tan grande y de tal naturaleza tu falta, que yo no sé qué penitencia darte.

A lo que respondió fray Junípero, como quien se

complacía en su propia humillación:

—Te la diré yo, Padre mío: que de la misma manera que llegué desnudo hasta aquí, me mandes volver por penitencia al convento de donde vine a esta fiesta.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO XII

Cómo fray Junípero quedó arrobado, celebrándose la Misa

Estando una vez fray Junípero oyendo Misa con mucha devoción, se quedó arrobado por elevación de la mente durante grande espacio. Y dejándolo allí solo, lejos de donde estaban los frailes, cuando volvió en sí comenzó a decir, con gran fervor:

— ¡Oh, hermanos míos! ¿Quién hay tan noble en este mundo que no llevase de buena gana por toda la ciudad una cesta de estiercol si le dieran un bolsillo lleno de oro? ¡Ay de mí! —exclamaba—, ¿por qué no hemos de pasar un poco de vergüenza para poder ganar la bienaventuranza del cielo?

En Alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO XIII

Del sentimiento que tuvo fray Junípero por la muerte de un compañero suyo

Tenía fray Junípero un compañero fraile, llamado Attientalbene, a quien amaba íntimamente. Y en verdad, la vida de éste era suma sabiduría (1) y obediencia; porque, aunque todo el día lo estuviesen abofeteando, jamás se quejaba ni decía palabra. Muchas veces lo enviaban a lugares donde la gente era intratable y le movían muchas persecuciones, y él las sufría todas muy pacientemente sin la menor queja. Este, según se lo mandaba fray Junípero, plañía o reía. Cuando el Señor fue servido, murió fray Attientalbene con muy grande santidad, y al recibir fray Junípero la noticia de su muerte, sintió tanta tristeza en su alma cuanta jamás había tenido por ninguna cosa temporal o sensible. Y mostrando al exterior la grande amargura que sentía, exclamaba:

— ¡Ay, infeliz de mí, que ya no me queda bien alguno, y todo el mundo se acabó para mí con la muerte

(1) Otras ediciones: *paciencia*.

de mi dulcísimo y amadísimo fray Attientalbene!

Y añadía:

—Si no fuera porque no me dejarían en paz los frailes, yo iría a su sepulcro, tomaría su cadáver y haría del cráneo dos escudillas; y para continuo recuerdo suyo y devoción mía, comería siempre en la una y bebería en la otra, cuando quisiese o tuviese sed.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPÍTULO XIV

De la mano que vio fray Junípero en el aire

Estando una vez fray Junípero en oración, y acaso presumiendo de sí, le pareció ver una mano en el aire y oyó con los oídos corporales una voz que le decía:

—Fray Junípero, sin esta mano no puedes tú hacer nada.

Al instante se levantó, y alzando la vista, iba diciendo a voces por el convento:

—Es bien cierto; es bien cierto.

Y lo anduvo repitiendo bastante tiempo.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO XV

Cómo fray Junípero fue a fundar un convento (1)

Fray Hernán, lector de Wratislavia, refiere que oyó a fray Juan, compañero de San Francisco, cómo cierto hermano lego llamado Junípero fue enviado con otros frailes a fundar un convento. Puestos en camino, los compañeros eligieron a fray Junípero para que les procurase lo necesario durante el viaje. Y llegando a un pueblo a la hora de comer, comenzó fray Junípero a decir a gritos en la lengua vulgar de Normandía:

—*¿Non nu albergate?*, esto es: ¿no nos hospedáis?

—*¿Non nu recivate?*, o sea: ¿no nos recibís?

—*¿Non nu fate bene?*, es decir: ¿no nos hacéis bien?

—*¿Non bene vestitu?*, que significa: ¿no es bien empleado?

Y como clamase así repetidas veces, los compañe-

(1) Traducido del *Archivium F. H.*, tomo 2.º, página 75, donde lo publica el P. Lemmens, que lo cree escrito en el siglo XIII y lo halló en dos códices, uno del XIV y otro del XV.

ros se avergonzaban mucho y lo reprendían, porque gritaba de aquella manera en vez de procurarles el sustento necesario; pero él les respondió:

—Dejadme gritar, ya que me habéis elegido procurador vuestro.

Los habitantes de aquel pueblo, al verlos vestidos en hábito desconocido y pidiendo limosna de un modo tan extraño y nunca visto, se admiraban mucho. Por fin uno, reparando más en ellos, los llamó y les preguntó quiénes eran y por qué clamaban de aquella manera. Fray Junípero le respondió:

—Hombres pecadores y penitentes somos y tenemos que buscar lo necesario para vivir; pero no merecemos que nos hospeden ni reciban ni hagan bien, porque hemos ofendido a Dios con muchos pecados.

Oyendo esto aquel hombre, se movió a devoción y los introdujo en su casa, les dio de comer y los trató benignísimamente. Y oyéndoles hablar como ilustrados por el Espíritu Santo y viendo su ingenuidad, les encargó que siempre que les ocurriese pasar viniesen a hospedarse en su casa y enviasen también a ella a los demás frailes.

Prosiguiendo fray Junípero el viaje con los compañeros, se les adelantó el diablo en forma humana, y llegándose a un castillo por donde ellos tenían que pasar, dijo al señor del mismo que lo guardase bien, porque a tal hora vendrían cuatro hombres con cierto hábito desusado, los cuales eran traidores. Mandó aquel señor a su gente que notasen la hora y estuviesen alerta. Y vigilando ellos, vieron venir hacia el castillo cuatro frailes, por lo cual llamaron a su señor, y, cayendo sobre ellos, los acometieron ferozmente.

Fray Junípero, con grande resolución de espíritu, desnudó el cuello y lo ofreció a la espada, mientras los compañeros se postraban en tierra esperando la muerte.

Al ver esto aquel señor, dijo a su gente:

—Si éstos fueran traidores, como se nos ha dicho, vendrían con armas y otros preparativos.

Con todo, antes de dejarlos marchar, hizo apalear muy bien a fray Junípero, el cual se levantó después, le dio las gracias e inclinó la cabeza y se retiró de allí yendo con los otros frailes al lugar donde habían de fundar el convento.

Pasado algún tiempo, sucedió que aquel señor vino al nuevo convento, y oyendo allí Misa, lo conoció fray Junípero e hizo preguntar dónde se hospedaba. Rogó después a un amigo que le hiciese el favor de proporcionarle un buen regalo, que se pudiese enviar a un hombre honrado que le había hecho un gran servicio. Y habiéndoselo traído, lo envió al señor que lo había hecho apalear, encargando al portador le dijese que se lo mandaba un fraile Menor en recompensa de la especial amistad que en cierta ocasión le había mostrado. Dióle las gracias este señor por medio del mensajero sin conocerle, y después de la comida vino al convento y preguntó por el fraile que le había enviado tan grande muestra de amistad.

—Soy yo —respondió fray Junípero—, y te estaré agradecido eternamente por lo bien que has domado a mi enemigo.

—¿Y quién es tu enemigo? —le preguntó—; yo siempre haré lo que os agrade.

—Mi enemigo —respondió fray Junípero— es este

hermano cuerpo, que me lo domaste muy bien cuando me hiciste apalear en tu castillo; porque desde entonces me ha sido siempre más obediente que antes.

Confundido aquel señor al oír esto, pidió perdón y de allí en adelante cambió para con los frailes y dio en hospedarlos en su casa y los trató siempre como amigos de toda la vida.

CUARTA PARTE

VIDA DEL BIENAVENTURADO FRAY GIL

COMPAÑERO DE SAN FRANCISCO

CAPITULO PRIMERO

Cómo fue recibido en la Orden de los Menores fray Gil, tercer compañero de San Francisco (1)

Porque el ejemplo de los hombres santos mueve a los otros al desprecio de los placeres transitorios y al deseo de la salvación eterna, diré algunas palabras, a honra de Dios y de su Santísima Madre la Virgen María y para utilidad de los lectores, acerca de lo que el Espíritu Santo obró en nuestro santísimo Padre fray Gil que, siendo aún seglar, movido de este divino

(1) Fray Gil vino a Francisco el año 1209 y murió en Perusa el 1261. Estos capítulos nos dan muchos datos de su vida y nos ofrecen, con los *Dichos*, su perfecto retrato moral.

Espíritu, comenzó de por sí a pensar cómo podría agradar a solo Dios en todas sus acciones.

Por este tiempo San Francisco, como pregonero enviado por Dios para ejemplo de vida, de penitencia y de santa humildad, dos años después de su conversión, atrajo a un hombre de admirable prudencia y muy rico de bienes temporales, llamado Bernardo, y a Pedro Catáneo, y los indujo a la observancia de la pobreza evangélica, de suerte que, por su consejo, distribuyeron a los pobres, por amor de Dios, todos sus tesoros temporales y abrazaron la regla de penitencia, la perfección evangélica y el hábito de los frailes Menores, prometiendo con grandísimo fervor esta observancia para todo el tiempo de su vida; y así lo cumplieron perfectísimamente.

Ocho días después de esta conversión y distribución de bienes, viendo fray Gil, el cual aun andaba en traje seglar, el desprendimiento de tan notables caballeros y ciudadanos de Asís, que a todos había causado admiración, se sintió encendido en el divino amor y, al día siguiente, que era la fiesta de San Jorge del año 1209, muy temprano y bien solícito de su salvación, se fue a la iglesia de San Jorge, donde estaba el monasterio de Santa Clara (1), y después de hacer

(1) El 23 de abril. No existía entonces monasterio alguno de Santa Clara ni lo hubo en San Jorge hasta el año 1260, que se trasladó en San Damían (*Anal. Franc.*, tom. 3.º, pág. 75, nota 4.ª). La edición de Amoni trae una variante que debe ser la lección verdadera: "donde está ahora el monasterio..." (pág. 295. Roma, 1889), y así se lee también en la Vida de fray Gil publicada en *Documenta Antiqua Franciscana* (parte 1.ª, pág. 28), y en la incluida en la Crónica de los 24 Generales (*Anal. Franc.*, tomo 3.º, pág. 75).

Otro descuido de los amanuenses y editores se halla en el título de este capítulo: "Cómo fray Gil y tres compañeros suyos fueron recibidos en la Orden de los Menores".

oración, llevado del gran deseo de ver a San Francisco, se dirigió hacia el hospital de leprosos donde habitaba en compañía de fray Bernardo y de fray Pedro Catáneo, retirado en una choza con suma humildad. Al llegar a una encrucijada de cuatro caminos, no sabiendo cuál elegir, se encomendó a Jesucristo, precioso guiador, que lo condujo derechamente al tugurio mencionado. Pensando estaba en el asunto a que venía, cuando le salió al encuentro San Francisco que volvía de orar en el bosque. Fray Gil se le puso inmediatamente de rodillas, y le pidió humildemente que lo recibiese en su compañía. Reparando San Francisco en el aspecto devoto de fray Gil, le contestó:

—Hermano carísimo, te ha hecho Dios una grandísima gracia. Si viniese a Asís el Emperador y quisiese hacer caballero o camarero suyo a un ciudadano, ¿no debería éste alegrarse mucho? Pues ¿cuánto más debes alegrarte tú, escogiéndote Dios por caballero y servidor suyo amadísimo en la guarda de la perfección del Santo Evangelio? Ten firmeza y constancia en la vocación que Dios te ha dado.

Y tomándolo de la mano, lo levantó, lo introdujo en la referida choza y dijo a fray Bernardo:

—Dios nuestro Señor nos ha mandado un buen hermano, alegrémonos todos y comamos en caridad.

Después de la comida, San Francisco marchó con fray Gil a Asís a buscar paño para hacerle el hábito. En el camino les pidió limosna una pobrecita por amor de Dios, y no sabiendo cómo socorrerla, San Francisco se volvió a fray Gil con una cara de ángel y le dijo:

—Por amor de Dios, carísimo hermano, démosle

esa capa a la pobrecita.

Fray Gil, que estaba deseando que el Santo se lo dijese, obedeció con tal prontitud de corazón, que le pareció a San Francisco ver volar inmediatamente aquella limosna al cielo, y fray Gil se elevó también en derechura con ella, porque sintió en su interior indecible gozo y una nueva mudanza. Habiendo traído San Francisco el paño y hecho el hábito, recibió en la Orden a fray Gil, que por su vida contemplativa fue uno de los gloriosísimos religiosos que tuvo el mundo por aquel tiempo. Inmediatamente después lo llevó en su compañía a la Marca de Ancona, cantando y alabando con él magníficamente al Señor del cielo y de la tierra. Dijo San Francisco a fray Gil:

—Hijo, nuestra religión ha de ser como el pescador que echa sus redes y aprisionando multitud de peces recoge los grandes y echa los pequeños al agua.

Admiróse fray Gil de esta profecía porque aún no tenía la Orden más que tres frailes y San Francisco. Aunque éste no predicaba todavía públicamente al pueblo, amonestaba y advertía por el camino a hombres y mujeres, diciéndoles sencillamente:

—Amad y temed a Dios, y haced penitencia de vuestros pecados.

Y fray Gil añadía:

—Haced lo que os dice mi Padre espiritual, porque está muy bien dicho.

En alabanza de Jesucristo y del Pobrecillo San Francisco. Amén.

CAPITULO II

Cómo fray Gil fue a Santiago (1)

En el decurso del tiempo fue una vez fray Gil, con licencia de San Francisco, a Santiago de Galicia, y en todo el viaje ni una sola vez se quitó el hambre, por la gran pobreza que había en todo el país. Pidiendo limosna y no hallando quien le hiciese una caridad, al anochecer vino a encontrarse en una era en que habían quedado algunos granos de habas, y recogiendo-los, hizo con ellos su cena y allí durmió aquella noche, porque se quedaba de buena gana en lugares solitarios y apartados de la gente, para poder orar y velar con más libertad. Se sintió tan confortado por Dios con esta cena, que le parecía que no estaría tan bien alimentado si hubiera comido variedad de manjares.

Prosiguiendo el viaje, encontró un pobrecito que le pidió limosna por amor de Dios, y el caritativo fray Gil, que no tenía más que el hábito con que cubría su cuerpo, cortó la capucha y se la dio al pobre por amor

(1) Año 1212.

de Dios, caminando después sin ella veinte días continuos.

Volviendo por la Lombardía, lo llamó un hombre, y él se acercó de buena gana creyendo que le daría una limosna, pero alargó la mano y metió en la de fray Gil un par de dados invitándole a jugar. Fray Gil le respondió humildemente:

—Dios te lo perdone, hijo.

Y andando de esta manera por el mundo, le hacían muchas burlas y todas las recibía pacíficamente.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

CAPITULO III

*De la vida que hizo fray Gil, cuando fue
a visitar el Santo Sepulcro (1)*

Fue fray Gil a visitar el Santo Sepulcro con licencia de San Francisco, y cuando llegó al puerto de Brindisi, se detuvo allí varios días, porque no había nave preparada. Y queriendo vivir de su trabajo, buscó un cántaro, lo llenó de agua e iba gritando por la ciudad: — ¿Quién quiere agua?

Y recibía por su trabajo pan y las cosas necesarias a la vida corporal para sí y para su compañero. Después pasó el mar, visitó con mucha devoción el Santo Sepulcro de Cristo y los demás Santos Lugares, y a la vuelta se detuvo varios días en la ciudad de Arce. Y siguiendo la costumbre de vivir de su trabajo, hacía espuelas de juncos y las vendía, no por dinero, sino por pan para sí y para el que le acompañaba, y por la misma recompensa llevaba los muertos a enterrar, y

(1) Fray Gil fue a Tierra Santa el año 1215. Se ignora cuánto tiempo estuvo allí; pero en 1219 estaba ya ciertamente en Italia, puesto que es enviado a Túnez como misionero.

cuando esto le faltaba, recurría a la mesa de Jesucristo pidiendo limosna de puerta en puerta (1). Y así, con mucha fatiga y pobreza, volvió a Santa María de los Angeles.

En alabanza de Jesucristo y del pobrecillo Francisco. Amén.

(1) Como más tarde escribía San Francisco en su *Testamento*: *Et quando non daretur nobis pretium laboris, recurramus ad mensam Domini, petendo eleemosynas ostiatim*, y cuando no nos dieran el precio de nuestro trabajo, recurramos a la mesa del Señor, pidiendo limosna de puerta en puerta.

CAPITULO IV

Cómo fray Gil alaba más la obediencia que la oración

Estando una vez un fraile en oración en su celda, y enviándole a decir el Guardián que saliese a buscar limosna, fuese inmediatamente a fray Gil y le dijo:

—Padre mío, yo estaba orando, y el Guardián me ha mandado que vaya a pedir limosna, me parece que sería mejor hacer oración.

—Hijo —le respondió—, ¿no has aprendido ni entendido aún qué cosa es oración? Verdadera oración es hacer la voluntad del Prelado; y es indicio de grande soberbia en el que sometió su cuello al yugo de la obediencia santa, el querer sacudirlo con alguna excusa para hacer la propia voluntad, aunque le parezca que obra más perfectamente. El religioso que es perfecto obediente se asemeja al caballero que está sobre un poderoso caballo, merced al cual pasa intrépido por medio del camino; y el religioso desobediente, quejumbroso e indócil es semejante al que monta un caballo flaco, triste, enfermo y resabiado, al cual los enemigos vencen, matan o prenden con poca fatiga.